

arte crítica AZUL literatura información

DIRECTOR:
ELADIO LICES Y TURÍÑO

REDACCION:
PASEO DE LAS DELICIAS, 99

NUMEROS 2-3 AÑO I

Madrid, septiembre y octubre

24 números, 5 pesetas



A LA PRENSA

Esta Dirección saluda a toda la Prensa española, y se complace en testimoniarle el más sincero agradecimiento por el honor que dispensaron a AZUL, ocupándose de él en sus columnas en inmerecidos elogios.

TURISMO

ESPAÑA LA BELLA Y LA ARTISTICA

Crónica descriptiva

Me ruega un amigo que escriba un artículo que trate del Monasterio de Piedra. Ciertamente que me ha puesto en gran apuro, porque me cuesta mucho describirlo, lo indescriptible. Sólo haré emborrullarlo.

El Monasterio de Piedra es libro escrito por el dedo del Dios de lo infinito. La imaginación más viva se estrella ante tantas maravillas, la pluma se rompe, y el escritor tiene que cruzarse de brazos, para exclamar solamente: ¡Qué grande es la Naturaleza en sus obras!

Si bien es cierto que manos ajenas al buen gusto y enemigas del

fué, etc., etc. Pero no es el arte humano lo que más es de admirar en esta residencia, sino el arte natural; no el hombre, sino la Naturaleza, no el ingenio humano, sino la Sabiduría divina. Grutas, cascadas, vegetación, animales, etc., etc., rivalizan todos para hacer de este lugar el sitio más deleitable de España. ¡Ah! Qué digo de España? Del mundo entero. Hay, indudablemente, grutas más bellas y más abundantes en variadas estalactitas y estalagmitas; existen cascadas más importantes como las célebres del Niágara; se conoce vegetación más exuberante, como en la



MONASTERIO DE PIEDRA. CASCAIDA GRANDE

arte han destruido o desfigurado las filigranas arquitectónicas que campearon en mejores tiempos en este edificio, castillo en un tiempo y más tarde residencia de monjes cistercienses también es cierto que esos espíritus destructores y estragados no pudieron borrar totalmente sus líneas góticas y ojivales, que ostentan aun hoy día algunos de sus departamentos, como son: el ábside de su primitiva iglesia, su regia escalera, el comedor o refectorio, la sala capitular, la cocina, los claustros, la biblioteca que

isla de Ceylan y en las márgenes de los caudalosos ríos americanos, verdaderas arterias del Globo; pero todo reunido, y en tan escasa extensión superficial como la que tiene el Monasterio de Piedra, no existe en el Globo terráqueo. Por eso no dudo en afirmar que el Monasterio de Piedra es la primera y más grande maravilla natural del Mundo. No ha salido uno de una serpiente, cuando cae en otra; aun perdura la impresión que le ha producido una cascada cuando otra diferente viene a engendrarle otra

nueva; no ha salido de una gruta, cuando a pocos pasos se abre otra que le llena de emoción; si un paisaje le llena a uno de encanto, otro le deja extasiado; si un mirlo escondido en el follaje le arroba con sus melódicos silbidos, tiene junto a sus oídos un ruiseñor que desgrana también melodías junto al nido del amor de sus amores.

Por eso allí siente dulzuras y placer todo el que tiene la dicha de visitarlo, y más aún, de estar en él. No es el Monasterio de Piedra un lugar para verlo en dos horas, no; hay que estar allí y saborear sus encantos y el dulce bienestar que produce la estancia en él. Allí, en ese lugar incomparable, en donde la naturaleza volcó el carro de las gracias naturales, encuentra el naturalista ejemplares mil de plantas acuáticas y terrestres, animales y árboles que vienen a engrosar las colecciones de su museo, allí halla el pintor cuadros y paisajes de belleza y sublimidad reales, tales cuales no podía soñarlos la más soñadora imaginación; el fotógrafo adopta mil posiciones, cada una de ellas más bellas que las demás, para copiar en su cámara oscura los cuadros que a cada momento se presentan ante el objetivo; el físico y el ingeniero se ponen a considerar los caballos de fuerza que podrían producir esos saltos de agua tan sorprendentes y la energía eléctrica que podría engendrarse en ellos para aplicarla a la industria; el poeta encuentra allí el más puro y abundante manantial de sus concepciones poéticas, y exaltada su imaginación, llega a concebir y a inventar conceptos más elevados, aunque jamás haya pasado de una modesta medianía por sus dotes naturales y artísticos. A vista de tantas maravillas, su fuerza imaginativa se concentra y se centuplica, y el poeta, aun mediano, más fácilmente crea e inventa, más espontáneas siente las comparaciones, más elevados conceptos hace brotar en su inspirada pluma, y su lenguaje, que es el de los dioses, es más fluido, más sublime y aun más imitativo; el asceta encuentra a cada paso mil ocasiones propicias para pensar en la bondad y sabiduría del Ser increado, remontándose en la contemplación del Creador a vista de la hermosura de las cosas creadas, que allí se ofrecen a su vista, y, finalmente, aun el hombre entregado de lleno a los negocios humanos, halla en este lugar descanso y solaz a su espíritu, que tanto tiempo estuviera intranquilo ante el resultado de los problemas económicos y financieros.

JOPEMAR.

FENELON

CUENTO

I

Rugía con fuerza el viento, y al chocar con los tejados producía silbantes ruidos, llenos de ambiente misterioso, trágico también... Alguno que otro chirrido le acompañaba. La lluvia hacía coro, golpeando con insistencia las tejas de barro rojo, por cuyas canales escurría, cayendo al suelo a grandes chorros.

El animalejo maullaba, maullaba, enloquecido, furioso.

Era el único sonido discordante que se apercibía en aquel concierto de horror. Cesó repentinamente el maullido. Sólo imperaba el vendaval. Silbidos estridentes y golpes.

De un tejado a otro saltó con pasmosa agilidad una sombra.

II

Una ventana se abre, y una muy tenue luz se proyecta por breves momentos en la calle. Una mano blanca se apercibe en el espacio sujetando un cuerpo largo que se revuelve convulso. El cuerpo desaparece en la obscuridad de la calle y la mano en el interior de la habitación.

La luz también ha desaparecido. Todo es obscuridad..., ruidos..., misterio...

III

El maullido vuelve a oírse. Ahora no es furioso, sino lastimero.

Parecen ayes que exhala un ser en inminente peligro. Son notas que encierran un dolor ignoto, desconocido...

Es como la voz de un ser despreciado que pide, mendiga un poco de cariño, cual si pudiera mendigar algún miserable alimento. Ahora es cariño lo que implorase ser. Las conciencias redimidas saben comprender las voces de los animales, por el acento y la entonación, como aquéllos saben apreciar, a veces más que la comida, el cariño y la hospitalidad.

Lúgubremente resuenan los maullidos por todos los ámbitos del contorno.

Nadie se apiada. ¡Corazones de hierro!...

Una voz cercana comenta: Ese es Fenelón. ¡Maldito!... Ya lleva tres noches con sus endiablados maullidos, que no nos deja pegar los ojos.

— Esto es insostenible — dice otra voz. Ya podía haberse muerto ese gato de Satanás. A mí no hay quien me quite de la cabeza que

La fuerza física es el pan de nuestros músculos. ¡Absurdo!... ¡Guerra!—Lices.

este animalucho tiene pacto con el diablo y que cada vez que su maullido se deja oír el temporal arrecia.

Voy a tener que creer en tus supersticiones, y los hechos vienen a demostrar que tienes razón. Ese endiablado gato vive de milagro. Todo el mundo le arroja de casa a puntapiés; nadie le da de comer; los muchachos, cuando le ven en la calle, le persiguen a estacazos y a pederadas.

Las voces se apagan, y un relámpago ilumina instantáneamente la densidad obscurísima del espacio.

El gato sigue maullando con desconsuelo.

IV

Es la primavera. El ambiente es gratísimo.

Varios muchachos juegan en la calle. Más allá un corro formado por varios grandullones, que vociferan destempladamente, lanzando alguna que otra carcajada.

Por entre las piernas de uno se escabulle un gato.

Armando gran algarabía, salen tras él todos los mozuelos blandiendo palos con la punta afilada.

Viendo que no le dan alcance, algunos le arrojan guijarros; otros, hasta el mismo palo.

Y el pobre animal con el rabo entre las patas, se pierde en un miserable caserón medio derruido.

Sus perseguidores celebran con risotadas la carrera, y se retiran.

Mientras él, con gran estoicismo, se lame la sangre de las heridas que le han hecho.

¡Si pudiera hablar!... ¿Qué concepto tendría de los hombres?

Hoy Fenelón ya no está solo. Un mendigo, un vagabundo como él, se ha cobijado en la desvencijada casa. Es un molzabete harapiento y de enmarañada cabellera. Su aspecto es interesante.

Como cae una llovizna desagradable, primaveral, ha encendido lumbre. Feneleón, acurrucado junto a la pared, le mira. No se atreve a presentarse ante él, por temor a que le pegue. Ya desconfía de todo el mundo. No cree que pueda haber ningún hombre bueno. El muchacho desenvuelve un lio y se pone a comer.

El pobre Feneleón le observa con envidia. Padece hambre.

Con la lluvia no ha podido procurarse ningún alimento. Por fin se decide. Puesto en pie, se estira elásticamente, y cauteloso se aproxima al mendigo. Le mira con sus ojos grandones y brillantes, llenos de misterio. No se atreve a maullar, porque cree que su maullido es funesto y que esa es la causa de que le golpeen. Aguarda pacientemente. El mozuelo se ha fijado en él.

Tiene una mano para acariciarle; pero Fenelón no puede concebir que nadie le acaricie y cree que le va a golpear, por lo que levanta una pata armada de largas y afiladas uñas.

El otro le arroja algo de comida. Se relame satisfecho y torna a acurrucarse en el rincón. No pide más.

V

Ya son amigos. Ya no tiene Fenelón mal concepto de los hombres.

Encontró un ser tan desgraciado como él a quien amar.

El pobre sale a recoger viandas, y él se queda en casa, en aquel medio derruido caserón, cual si fuera un guardián. Se considera feliz.

El otoño se acerca con pasos agigantados. Cuando alguna vez por las noches el viento silba lú-

gubrememente, él se acurruca junto a su amo y mira con mansedumbre las brasas. Es imposible que pueda olvidar aquella noche... Sus pelos se erizan cuando tal sucede.

VI

Otra vez el invierno sombrío.

Las limosnas que recoge el pobre son escasas. Se siente fatigado, sin fuerzas.

Tose con frecuencia y tiembla febrilmente. Cuando habla, sólo se aperciben roncadas articulaciones. Cubre sus carnes con un raído chaquetón.

Aquel día salió tarde y regresó pronto. Apenas probó bocado. El gato adivinaba la tristeza de su amo. Tampoco exigió su alimento. Subió a sus rodillas, y restregó su cabeza con el cuerpo de él, que le dispensó una caricia.

Al día siguiente nadie le vio por el poblado ni nadie se ocupó de él.

En el mismo montón de paja que le servía de lecho permaneció con la boca reseca por la fiebre y tosiendo desesperadamente.

La lumbre estaba apagada y el frío era intenso.

Fenelón paseaba inquieto en derredor de él. Ora se echaba a sus pies, como se enroscaba, siempre silencioso, junto al hogar apagado.

Aquella noche, alguien que le hubiera observado detenidamente, habría visto que no durmió.

El día amaneció tristón. El mendigo no se movió de su lecho.

Sólo su respiración agitada denunciaba que vivía.

Ya al atardecer se desencadenó una lluvia torrencial, que vino a aumentar el frío. Un ligero vientecillo batía sus alas... con inciertos rumores. Fenelón erizó los pelos de su piel. Le venía a la memoria aquella noche que jamás olvidaría.

El moribundo se revolvió en el lecho.

Balbuceó algunas palabras ininteligibles, acarició al animal, y quedó inmóvil.

Su respiración se había apagado. Fuera, la lluvia seguía cayendo.

Aquella noche algunos vecinos del contorno oyeron el desesperado y furioso maullar de un gato. Muchos creyeron que era Fenelón que había resucitado...

ELADIO LICES Y TURIÑO.

CARMIÑA

(INSPIRACION GALLEGA)

I

Madrugada tormentosa; el mar ruge, abriendo cráteres de espuma en su seno fatigoso de enfermo disnéico, bajo un cielo brumoso y hostil, solidario ambiente de tragedia... La moza cenceña y musculosa, fruto silvestre de fecunda natura, ciñe sobre su frente el típico pañuelo galo, anunciando en un respingo:

—Mala mar, mare; hoy no termina el día sin que alguno se «afoje».

—¿Dónde vas tan temprano, Carmiña? Y luego... parece tienes «huy» los mesmus «demunius» en el «cuerpu». ¡Diantre con la rapaza!

—«¡Tenemus» la pesca, mare!, y se me ha «metiu» entre aquí y aquí, que habría «huy trabajus». «Oigu» el «lluriqueu» del «perru» del torrero; «¡lu uois», mare?

—¡Vete con los «mesmus diablus»; deixame dormir!

—«Men» voy...

El vendaval ha cerrado la puerta en un gruñido sordo. La isla de Sálvora, azotada como por espíritus malignos, semeja un barquichuelo que claudica. Los vellones nubosos se aprietan en el horizonte en una estrechez de reses hacinadas. La tormenta cierne su amenaza tras los trasquilones de lana sucia de la mesnada. Un rugido de fieras enjauladas mezcla en el aire los sonidos inarmónicos y desgarrados de una orquesta salvaje. La bestia del mar en su sinfonía amenaza o acaricia, monorritma los silbidos del aire con sus palpitaciones inquietas de monstruo ansioso.

La niña grita:

—Tengo corazonada que antes de tirar las redes cogemos «náufrajos».

—¡Virgen santa!, se oye en un aullido.

Un náufrago, asido a un leño que más tiene de cruz de tumba que de tabla salvadora, gira desesperadamente en el agua, negándole la vida al mozo que tanto hace por no perderla. Los brazos se desploman en aquel batallar desigual, y el náufrago desaparece abatido por una ola. Una barca a quien el mar quiere absorber en su sed insaciable, es defendida por unos hercúleos brazos que ni de hembra parecen.

—¡Pobre «fillo» mío! Cógete aquí, si puedes, fuerte, muy fuerte. El náufrago intenta el supremo esfuerzo en un nadar de anfibio herido. La hembra musculosa y fuerte se echa al agua, le ayuda, le arrastra hacia la corriente favorable, y monta con él en la barquilla.

—«Agora» beberás un vino fuerte, muy fuerte, y te sentirás otro. ¡Huy!, los demás qué carga tienen. Todos piden «ausilio»; y no hay bastante gente. ¡Pobres «fillos»! Casi todos se «afojan». No estás tú «fuerte», para que deje la barca y vaya a salvar a otros; tú te «afojorías» luego, porque estás flojo, y estos «remus» son «pesadus».

En la cuevacha de la pecadora unos gritos estentóreos dan el noticia: «Un «barcu» se ha «estrellau» contra las rocas. Se llama algo de Santa... ¡Ah, el Santa Isabel!»

—Aquí «traigu», mare, este «náufrajo». Dale de beber; está casi «defunto». La moza aguerrida, que aun lleva la faldas amarradas a la cintura, trofeo de la disputa con que arrebatara al mar su presa, da de beber al hombre en un cacharro de lata. La lasitud del cuerpo robusto comienza a desaparecer en una convulsión de vida.

—¡Qué pesadilla es ésta, Dios mío!

—No es «sueño», es que «sus» estabais «afojando». ¡Cosa mala es lo «ciertu»!

—Nos quedamos en el barco sin luz. ¡Ahora recuerdo... algo horrible!

II

La galleguina atlética y guapaza, de sugestivo cuerpo de bayadera oriental, acaricia con las cadencias de su lengua nativa al hombre sano y viril como un Hércules a quien el azar arrojara a aquella isla como obsequio de una deidad a una virgen, sólo conocedora de las pasiones y turbulencias del océano, su único amante y confidente, y con el ímpetu de su alma primitiva iba despertando en la hembra cavernaria una tempestad para ella desconocida, más peligrosa aun que la del mar, más impía en su obra destructora.

El prolongaba su convalecencia, que prometía pagar en cuanto llegara a su tierra en buen dinero,

idea que halagaba a la vieja avara.

—Tiene muchos «dinerus» y pagará bien el salvamento y el estar aquí. Tiene cara de decir verdad. ¿No te parece, «filla»?

Y la pasión, con su nudo corredizo y encubierto, les unía día por día. El hombre de la ciudad bebía el amor absorbente en aquellos labios que se le brindaban inconscientes en una sonrisa infinita de ternura y de triseza, en una mueca que parecía querer perpetuar los momentos dichosos por toda una eternidad.

En un paseo por las rocas, los brazos nervudos inmovilizaron la cintura de la mujer que fué varonilmente fuerte.

—¡Días felices estos, Carmiña! Pero debó volver con los míos. Ellos me esperan; ansían abrazarme; ¡pobrecillos!

—¿No volverás más a ver tu rapaciña?

—¡Pobre Carmiña! Algún día volveré.

Los ojos de ella suplican, anhelan, lloran una tragedia íntima de desolación. Las lágrimas bañan el rostro tostado, que se contrae en muecas incontenibles de llanto.

—Ale, tontina, no llores; ya en contrarás tú un rapaciño que te querrá.

Los ojos de dolorosa cobran súbitamente visos de leona herida.

—Otro, otro; yo te quiero a ti. ¡Te quería a ti; ahora te aborrezco! ¡Te odio!

Sus puños se crispan; le golpea. El permanece impasible; pero la hembra se convierte en bruto: le aprisiona la garganta. Nace en él el instinto de conservación, y se defiende; comienza una lucha cuerpo a cuerpo inverosímil, fantástica. Los cuerpos ruedan por el suelo. El tiene los brazos ensangrentados a mordiscos, y baja la cabeza con convicción de reo.

—¡Perdona, Carmiña! Más daño te he hecho yo. Es cierto.

Ella llora con desconsuelo infantil.

—¡Pobriño mío, cuánto daño te he hecho!

—¿Por qué no me dejaste ahogar, Carmiña? Yo no soy libre, y ahora te amo. ¿Comprendes?

—Comprendo lo que tú quieras, riquiño.

En los ojos de ambos nació el perdón sin palabras. Los cuerpos jóvenes se enlazaron, y él mordió en los labios vírgenes, retadores, un beso, salobre como el mar.

—Nadie «meu» besó aún; sólo tú, «meu» rapaciño.

III

—Tío Pedriño, ¿hay algo para mí?

—¡Nada! ¡Pero qué «perrus» son los «homes», Virgen santa! Ella, que lo había dado todo por él. ¡El único que tenía, su «cariño», su «cuerpu», tan deseado por los rapaces de la isla, que hubieran dado como pago y bien «contentus» sus mejores barcas y el «santu matrimoniu» y un nombre para sus rapaciños. ¡Pobre Carmiña! Pero, a pesar del mal que le había hecho, ella no podía odiar al «náufrajo». Su vida, que pudiera serle útil, se la ofrecería nuevamente. ¿Qué sería, Virgenciña, «aquellu» que la escarabujaba el pecho como si tuviera unos tentáculos, de los que viera en tantos pescados, que la subieran a la garganta y la «afojasen» con más crueldad que aquellas aguas marinas, que ella nunca había temido...?

IV

—¡Huy! Estarás contenta, rapaza; una carta «pa tú».

Rasga el sobre antes con los ojos que con las manos.

—Lee, tío Pedriño; lee...

—¡Caracol! «Estu» es un cheque, Carmiña. «Dinerus», muchos «dinerus». Alégrate.

—¿Qué dice? ¡Los «dinerus» no me importan!

—¡Tonta, retonta! ¿Que no te importan los «dinerus»?

—Lee, Pedriño, u doy la carta a «uotro».

—¡Qué nervios las «mulleres»!

—¡Escucha!

«Querida Carmiña: Tú no sabes lo que te agradezco el sacrificio de tu vida que hiciste por mí. Eres muy buena, Carmiña; más que buena eres una santa, y como otra cosa no me es posible, te envío una regular cantidad de dinero para que compres un par de barcas. Si quieres darme gusto, pon a una de ellas Carmiña. A otra, Salvora. No te olvidaré nunca, rapaza. ¡Qué días más dichosos pasé a tu lado! Es mucho prometer un hombre de la ciudad decir que no te olvidará jamás. ¡Rapaciña dulce, rapaciña amable!

Este dinero no pretende pagarte lo mucho que te debo. Es una manera práctica de demostrarte mi agradecimiento de algún modo.

Aún te adora... quien fué tan tuyo...

—¡Dinerus, dinerus! ¡Yo «non queru esu, Virgenciña meua»!

Y en su vesania de dolorosa, entró en la casuca de la vieja, en gritos deshecha.

—¡Dinerus, mare», aquí «lus» tenéis! Y enarbolando el cheque, entre carcajadas de locura, corrió por la isla en un grito siniestro.

—¡Dinerus, dinerus!

La isla de Sálvora respondía al eco. Su amigo el mar la llamaba en un rumoroso incansante.

Ante las olas gigantes hizo su última confesión.

—¡Yo «non pueu más, Virgenciña meua»! ¡Perdonadme! He sido valiente, mas «non pueu» más!... Y las aguas de Sálvora abren un lecho de muerte...

ROSA ESPAÑA.

Reflejos

Fragmentos de vida

I

Jorge, patizambo, pequeñuelo, rubio como la paja, y Juan, muchachote lustroso como una bola de marfil con pelo de gato pardo.

Viven en una misma aldehuela, cuyas casucas, levantadas unos pies sobre el rojizo suelo, están construídas de barro y tosca piedra. Descansa el pueblecillo en la falda de elevada montaña color gris plomo, poblada de abundantes chaparras, semejantes a sinietras sombras, que la luna viste macabramente en las noches invernales. Las chozas, enanas, parecen a conejos asustados que pugnan por cobijarse torpemente en las entrañas del monte, displicente, protector.

Aldehuela pobre y deshiliada que, al confundir sus casucas en las sinuosidades del escabroso terreno, simula adornos de coquetona puntilla bordada en la falda del coloso montículo. Miseria aldehuela sin nombre, en donde bizzarras mozas de agudo color y pronunciados senos sienten arder en sus entrañas el fuego sensual y arrollador que, como en tiempos primitivos, pronto encuentra adecuado calmante entre toscos pastores de salvaje rostro y fieras acciones, sobre improvisado tálamo de secas y punzantes hojas de chaparro. Cópula de fieras, en la que macho y hembra se acarician bárbaramente con las uñas y los dientes.

II

Jorge y Juan no juegan juntos. Cuando se encuentran, siniestra sombra obscurece sus infantiles rostros. Las familias de ambos riñeron hace ya mucho tiempo, y no se hablan ni se miran. Se odian, y los cachorros tienen que odiarse también. Fué por unos haces de trigo, según el decir de las gentes, y poco faltó para que los respectivos padres se sacaran las tripas o

se machacaran la cabeza. Por eso Juan maneja ya el cuchillo como un hombre.

III

Ya son mozos ambos convecinos. El patizambo Jorge se ha convertido en un bizarro y atrevido macho. Maneja la honda como nadie en la aldehuela. Donde pone el ojo, allí va la piedra recta como una bala. Los haces de mies los transporta sobre sus hombros hasta la era, y trilla con sus pies de machacadera.

También Juan se ha convertido en un gigantón; por eso es sólo para él Mariuca, la moza más jaquetona. Ya no tiene aquel pelo de gato pardo. Sobre su cabeza descansa ahora, como una barda en desorden, un pelo negro como el azabache, erizado cual lomo de cabra enfurecida. No tira a honda, pero tiene un cuchillo de monte que maneja como una flecha. Oculto en profunda vaina de cuero, lo esconde en su ancha faja, no sin que asome sus bigotes unas brillantes cachas, prontas a ser empuñadas. Los hombres le temen y las mozas se lo rifan.

IV

Jorge y Juan siguen odiándose. No hay motivo directo entre los dos, pero es deber ineludible mantener la tradición familiar.

Ya huele a sangre la atmósfera, cargada de endemoniado azufre. Siniestras nubes se han estacionado sobre la aldehuela, y amenazan con terrible bombardeo. Las empinadas y tortuosas calles se encuentran pobladas de míseros seres humanos, que contemplan atemorizados el fenómeno que destruirá sus cosechas.

El ensimismamiento de la gente se ha visto de pronto cortado por una ráfaga alcahueta. Jorge, entreándose con su honda, ha matado impensadamente un corderillo del ganado de Juan, quien se ha lanzado cuchillo en mano en su busca.

Mariuca, con sus fauces de perro perdiguero, ha olfateado la tragedia, y sale a presenciar el des-

enlace a las afueras del pueblo. La pequeñez del poblado ha facilitado pronto el encuentro de los contendientes, y entre gruesas gotas de agua, desprendidas de las plomizas nubes, Jorge ha matado a Juan con su mismo cuchillo, no sin antes conocer las caricias de éste en su tostada piel, mientras Mariuca, puesta en jarras y brillantes sus ojos de exaltada fiera, ha sido mudo y único testigo del homicidio. El victorioso Jorge, orgulloso de su triunfo, ha tirado una piedra con su honda que, hendiendo los aires, pregonará por doquier su hazaña; y Mariuca, temblorosos sus labios y estremecido su vigoroso cuerpo, ciega de voluptuosidad, entrégase cual hembra en celo en brazos del héroe, con quien se funde en brutal encuentro, y entre ruidos de placer, caen sobre el cadáver ya lívido del otro macho, cuya coagulada sangre de negruzco tinte sírveles de lecho a su torpe sensualismo...

A. GÓMEZ LATORRE.

LIBROS Y REVISTAS

El Crimen Social.—Es una sugestiva novelita de A. Gómez Latorre, en que se reflejan con bello colorido las luchas sociales por que hoy tiene que atravesar el obrero. Este espíritu juvenil se exalta en pro de la restricción social, y arguye bien argumentadas teorías, que hacen de este libro un sincero y vivo reflejo de la sensación que estas luchas causan en el noble sentimiento del autor...

Crítica.—Simpatiquísimo resulta este grupo «crítica». Está dirigido por el ilustre poeta y excelente crítico, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña. Su labor tiende a la divulgación de las obras literarias realizadas en España y América, respectivamente.

A cuantos autores nos han honrado con el envío de sus producciones, les encarecemos nos disculpen si, debido al poco espacio de que nos es factible disponer en este número, no nos ocupamos de sus obras. Esperamos haber podido ampliar las páginas de AZUL, lo que se hará en el próximo número, en el que dedicaremos bastante espacio a libros y revistas recibidos.

—A ver..., alzadme a mí que soy más alto—terció el joven de rostro aniñado. Sacó de entre su capa una larga navaja de muelles, y, abriéndola, se encaramó a los hombros de Pepete, comenzando a despegar el cartel por sus extremos.

Los demás le imitaron por todo el derredor de la plaza.

No precavían un peligro que tenían encima.

Sus comentarios, dichos en voz baja, no pasaron desapercibidos para los alguaciles, que tenían su ronda por aquel lugar.

Cayeron sobre ellos, emprendiéndola a cintarazos.

—¡Perros golillas—vociferó Pepete al sentir sobre sus costillas la caricia de una espada.

Y tumbando al suelo a su sobresaliente, que acaba de arrancar otro cartelón, echó mano a su acero, haciendo frente.

El otro, no obstante levantarse confuso y magullado, empuñó la característica navaja.

No tardaron en acudir todos al lugar de la refriega.

El combate se trabó con gran empeño. Nadie pronunciaba palabra. Sólo de vez en cuando, y por si alguien le oía, para que acudiese en su auxilio, un alguacil gritaba:

—¡En nombre del Rey! ¡En nombre del Rey!

El tiempo apremiaba.

—¡Eh..., señores!—dijo Pepete—; despachad pronto. Estamos cometiendo una imprudencia.

Cada uno hacía de por sí cuanto le era posible.

Gustavo, que había dejado tendido a su contrario de una formidable estocada, acudió en ayuda del jovenzuelo, que mal lo hubiera pasado a retardarse más, por cuanto tenía la desventaja de no competir en arma.

FOLLETIN DE «AZUL»

(2)

RAZA DE QUIJOTES

Esbozos típicos y hazañas madrileñas

Original de E. LICES Y TURIÑO

—¿No faltaréis?

—Descuidad.

Ya iban a separarse, cuando un jovenzuelo de apenas diez y ocho años, de aspecto distinguido y facciones aristocráticas, que venía a todo correr, les gritó, acercándose:

—¡Ya no hay fiesta mañana!

Se volvieron, y Pepete arrugó el entrecejo al ver a su sobresaliente.

—¿Qué pasa?

—Pues que S. M. ha prohibido nuestra corrida.

—¿Cómo?

—En la plaza aparecen grandes carteles anunciándolo. He venido a decírtelo, a ver qué determinas y qué hacemos.

—Entonces... ¿ya no hay corridas?—preguntaron las mujeres.

—¡Vive Dios!... Sí las habrá.

—¿Qué intentas?

—No lo sé. Pero yo me las arreglaré de alguna manera para que las haya.

—Tened cuidado no os cueste un disgusto.

—No temáis. De todos modos, os aseguro que habrá corridas. Vamos a casa del «Rubio» a despejar la cabeza.

¡Loor al arte!...

A mi amigo el pintor novel

Tu pintura es el acento
que tu mente arrobada lanza,
cuando a dar fuerza ya alcanzas
a tu mejor pensamiento.

Yo lanzo estrofas al viento;
tú, en el lienzo que emborronas,
fijas la idea, la aplomas,
y expresas un sentimiento.

Para conquistar la gloria,
«gladiador de los colores»,
has de vencer en palestra,
blandiendo con mano diestra
el pincel. Tendrás honores.
Por escudo, la paleta.
Tu enemigo, la opinión;
latiendo con gran braveza
de un artista el corazón...
¡Triunfarás!... Fiebre, tesón,
pulso firme, sentimiento.
Y, al sentir una emoción
de arte, pasarla al lienzo
con rápida decisión.

La idea que te ilumina
refléjala con color.
Piensa, estudia e imagina;
trabaja con gran fervor.

¡Loor al arte!... ¡Loor!
Este poeta te anima.

A. MOLINOS.

PAGINA POETICA

MI VERSO

Yo cincelo mi verso en el rudo granito
y le infiltro la fuerza de mi verbo indomable;
en él vibra mi canto triunfal a lo infinito,
nacido en lo más hondo de mi alma inexpugnable.

Mi verso, que unas veces es caricia, o que ruge
con gritos de dolor en la onomatopeya,
y tiene nervio y sangre, y arrolla con su empuje
al vulgar hemistiquio y a la rima plebeya.

Mi verso, limpio y fuerte, que brota como flor
exótica en el yermo de mi vida sombría,
que sufre torturada por nostalgias de amor...
Mi verso: manantial sonoro de poesía.

LEANDRO ENRICO.

MOTIVOS

¿Te crees que en hermosura,
lucero que en la mañana
te agitas entelejido,
después de esa lenta danza
en que te pasas la noche
hasta dejar paso al alba;
crees, repito, igualarte
en hermosura a mi amada?

Cisne que ondulas del lago
la placidez de las aguas
y en el cristal ondulado

pones de albur a una mancha,
no te ufanes de la albur
purísima de tus alas,
¡que es más pura todavía
la del seno de mi amada!

Gentil ruiñeñor canoro
que forjas en la enramada
ese hogar en que al mirarte
le dice a mi ser nostalgias:
¿Te crees que yo no hiciera,
por ver cumplidas mis ansias,
más bello que el tuyo, en el campo,
un hogar para mi amada?

Jardines que suspirando
a la caricia del aura
le besáis al infinito,
que se mece en vuestras faldas
bordadas sublimemente
de perlas sobre esmeraldas:
¡Es, como vuestra belleza,
eterna la de mi amada!
¡Ella es lucero que brilla
en la noche de mi alma!
¡Ella es cisne que navega
en el lago de mis ansias!
¡Ella es ruiñeñor que trina
de mi hogar en las ventanas!
...Y es jardín donde se mecen,
alerta, mis esperanzas...

TEODORO PEREA.

RUMBOS

Sin paz y sin sosiego,
pensando sólo en ti,
andando y buscando,
por fin te descubrí.

Absorto y pesaroso miro
las huellas de tus pies,
huellas que van marcando
caminos que sigo sin perder.

Camino que me llevan
no sé a dónde ni a qué;
mis pies andan y andan
detrás de aquellos tus pies...

Fin triste o feliz,
no sé si tendrán;
yo sólo sé que los sigo
paso a paso, hasta el final...

S. VELASCO TEJERO.

«Editorial Ibérica», Alburquerque, 12.

—Entonces esperamos.
—Sí. Esperadnos a la hora convenida.
—Hasta mañana.
—Hasta mañana.
Ellas se alejaron, confundiéndose a poco entre la multitud.
Pepete quedó en medio de sus amigos, inmóvil y preocupado.
—¿Vamos?
—¡Andando!
Echaron a andar silenciosos. De pronto Gustavo preguntó:
—¿No se os ocurre ningún medio para salir del apuro?
—No.

Quedó silencioso unos momentos. Sus amigos guardaron silencio también y siguieron caminando. Al cabo de un rato alzó la cabeza.

—Ved mi plan. No se me oculta que el cartel ese no tiene otro objeto que el de hacerlo saber a la gente, que como es lógico, al leerlo, no acudirán. Pero como ha dado la coincidencia que casi todo el mundo ha venido a la pradera, muy pocos se han enterado de él; por lo tanto, hasta que alguien que lo haya visto no lo divulgue, ellos, ignorándolo, acudirán mañana a la plaza. ¿Qué os parece si nosotros mismos quitáramos lo antes posible esos carteles? El que los hubiese visto hoy, creería que era otra determinación de S. M.

—¡Bien, por vida mía!
—¡Admirable!
—¡Aprobado por completo!

Por unos momentos el poeta fué objeto de aclamaciones de entusiasmo.

—Vamos a remojar la lengua. Allí está el bodegón del «Rubio».

No tardaron en salir.

—¡Ea! Manos a la obra—dijo resueltamente Gustavo—. Mirad; allí está el landó de nuestro amigo el Vizconde. Vamos a él y llegamos antes.

Replegaron sus capas y corrieron al landó, completamente desocupado. Momentos después corrían al galope de sus dos caballos, fustigados violentamente por los improvisados cocheros, no tardando en perderse en un recodo de la Puerta de Atocha.

Habían tenido la precaución de abandonar el coche en un lugar determinado.

Acercáronse a la puerta principal, en cuyas paredes se apreciaban dos grandes cartelones, cuyas gruesas y legibles letras, vistas a cuatro varas, decían:

«Yo, Carlos IV, rey de las Españas, ordeno la suspensión de las llamadas corridas de toros durante la temporada de enfermedad de la augusta persona de mi hijo, el Príncipe de Asturias. En Madrid, y mayo de 1804. — Yo el Rey» (1).

En este lacónico cartel obsérvanse bien claros los rasgos altivos y concisos del poder absoluto, iba a decir del rey; pero diré con más razón de su privado Godoy.

Dejemos por ahora la política, y vayamos a lo que interesa.

—¡Qué desfachatez! —comentaron.

—¡Qué egoísmo!

—Por hoy, ¡vive Dios!, no será.

(1) Rigurosamente histórico.